

(Lo que queda)
ENTRE
NOSOTROS

MARC KLEIN



Doscientos once días antes

Tessa sintió la nieve incluso antes de abrir los ojos. Un destello intenso y luminoso le penetraba las pestañas, instándola a que se despertara. Cuando por fin se espabiló, lo primero que vio fue la luz reflejándose en su «muro de la inspiración». Era un *collage* de palabras y fotografías pegadas en el techo con un único objetivo: levantarle los ánimos a Tessa. Había citas («Conserva tu burbuja»), recordatorios mundanos («¡Deja internet!»), artísticas fotos en blanco y negro (Robert Frank, las calles empapadas de París captadas por Brassai) e incluso algún que otro esbozo que Tessa había dibujado antes de descubrir que su verdadera vocación era la fotografía.

La mayoría de los adolescentes de diecisiete años estarían que no cabrían en sí de alegría al ver aquel esponjoso manto blanco en la calle; entre otras cosas, significaba que aquel día no habría clases. Pero Tessa no era como el resto de las personas de su edad. Para ella, el instituto era una válvula de escape frente a los desconocidos con los que vivía.

Años atrás, uno tras otro, los padres biológicos de Tessa habían desaparecido sin dejar rastro. Lo que siguió fue una puerta giratoria de casas de acogida, algunas mejores que otras, pero casi todas aterradoras. Mel y Vickie eran la última

pareja sin hijas que la habían adoptado. Ahora, un año después, los consideraba los mejores que había tenido, sin duda. Aunque hacía poco que habían firmado los papeles de la adopción, Tessa no acababa de aceptarlos del todo. Para eso necesitaba confiar en ellos, y no era algo que le resultara fácil.

Tessa se vistió con lo primero que pilló y cogió su cámara clásica Minolta, una de las pocas cosas que siempre tenía a mano. Iba por la mitad de la escalera cuando le llegó un aroma dulzón de la cocina, lo que significaba que Vickie había tenido turno de noche y se estaba preparando el desayuno. Tessa estaba decidida a pasar por delante de la cocina en silencio para que no la viera ni oyera, pero evidentemente Vickie tenía unos oídos biónicos.

—¡He hecho tortitas! —exclamó Vickie.

Tessa la ignoró y siguió avanzando por el pasillo. Alcanzó el armario del recibidor y sacó su plumífero. Vickie apareció en la entrada de la cocina aún vestida con el uniforme de crupier del casino y el chaleco granate abotonado y ceñido al torso.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—A hacer fotos —respondió Tessa, deslizando los brazos por las mangas de la chaqueta.

—¿Ahora? Pero si ni siquiera han limpiado las calles.

Tessa abrió la puerta principal.

—No quiero perderme la primera luz de la mañana.

—A ver si podemos ponernos a buscar universidad cuando vuelvas.

—¿Por qué? ¿Quieres volver a la universidad? —le replicó Tessa con sarcasmo.

—Esto es serio, Tessa. Cuando antes se pidan las becas, mejor. Tienes muchísimo potencial, y no quiero que malgastes tu futuro.

¿Qué era lo que le mosqueaba tanto de Vickie? ¿Sería esa

agobiante cordialidad? ¿La ridícula desesperación de forjar un vínculo madre-hija? Tal vez fuera algo químico, como cuando los perros se lanzan al cuello del otro sin razón aparente. Por suerte, Tessa había descubierto que una réplica ingeniosa siempre era la forma más rápida de quitarse a Vickie de encima.

—Vickie, ya me empiezas a recordar a los imanes de la nevera.

Vickie suspiró y se retiró hacia la cocina sin mediar palabra. Tessa sintió una punzada de culpa, pero no lo suficientemente intensa como para disculparse.

El ambiente de la calle era fresco, aunque no corriera ni una brizna de aire, y el cielo estaba surcado por una luz pálida. Tessa empezó a deambular por las calles desangeladas de Margate, el pueblecito costero en el que vivía. Con su lista de reproducción *indie* favorita en el iPhone y la cámara en las manos, todo su mundo se reducía al rectángulo del visor.

Tomó decenas de imágenes, pero se dio cuenta de lo mucho que le fascinaban los coches aparcados, enterrados bajo mantos de nieve similares a dunas de arena. Era como si la madre Tierra tratara de eliminar a sus enemigos del planeta.

Siguió andando con la nieve por los tobillos hasta llegar a la playa de Douglas Avenue. La costa estaba cubierta de niebla, y una prístina alfombra nívea tapaba la arena. Tessa se sintió como una astronauta en un planeta desconocido que, con cada paso que daba, perturbaba la perfección inmaculada del paisaje. Mirara donde mirase, veía algo que quería fotografiar. La espuma de las olas. El muelle desvencijado que se adentraba en el océano. Y un único puesto de socorrista, cuyas patas estaban medio enterradas en la nieve.

En la costa, un poco más lejos, Tessa vislumbró una figura solitaria materializarse a través del manto de niebla, como si el espectro de un marinero ahogado rondara por la playa.

Lo único que podía distinguir era una gorra de béisbol de un naranja ardiente asomando entre las columnas de la neblina. Un alma intrépida que, como ella, veía en la playa desierta una invitación a abstraerse del mundo. Tomó una única foto de la silueta con la gorra naranja antes de que la bruma los engullera.

Por primera vez aquella mañana, Tessa se sintió incómoda. Tenía los pies fríos y húmedos. Bajó la vista y se percató de que se había olvidado las botas de nieve. Aquel repentino descubrimiento le hizo caer en la cuenta de que corría el riesgo de que se le congelaran los pies. Desde allí, tenía unos treinta minutos hasta casa, y no habían limpiado las calles, así que tampoco podía avisar a Mel para que la recogiera. ¿Habría algo abierto en el pueblo?, ¿alguna cafetería? Cualquier lugar en el que pudiera entrar en calor.

Tessa no vio señales de vida cuando llegó a Ventnor Avenue. Fue buscando manzana tras manzana algún lugar que pudiera rescatarla del helor. Empezaba a notar los dedos de los pies entumecidos; mala señal. Su última esperanza era el cine del pueblo. Sabía que Sherman, el propietario, vivía en una habitación junto a la sala de proyecciones, conque no tenía hogar al que volver. La apuesta era arriesgada, pero Tessa siguió avanzando decidida contra las frías ráfagas de viento con la supervivencia de sus dedos en mente.

Siempre que veía el cine Little Art se preguntaba cómo era posible que siguiera abierto. No tenía más que cincuenta asientos y casi todos estaban deformados, deshilachados y andrajosos. Además, Sherman se ocupaba de todo después de que muriera su esposa. Él llevaba la taquilla, le vendía palomitas rancias y, cuando estaba listo, le daba al botón del mamotreto renqueante que era el proyector. A pesar de aquellas condiciones poco halagüeñas, Tessa estaba convencida de que Sherman podría ganarse bien la vida si se limitara a

pasar las películas *indie* más recientes. Pero el tipo había decidido proyectar oscuros filmes extranjeros con montones de desnudos y viejas películas de cine B protagonizadas por actores que no conocía ni su madre. Un fin de semana, se había limitado a pasar bodrios famosos de Hollywood: *Howard, un nuevo héroe*; *Campo de batalla: La Tierra*, y *John Carter*; una muestra triple de castañas cinematográficas.

Cuando Tessa dobló la esquina, respiró tranquila al ver a Sherman sentado en la taquilla, haciendo caja. Ni siquiera se molestó en echarle un ojo a la marquesina para ver lo que estaban proyectando. Se acercó a la ventanilla y dio unos golpecitos.

—¿Está abierto, Sherman?

Sherman levantó la vista y sonrió. Tessa era una clienta habitual; la conocía bien.

—Para ti, sí —respondió, y pulsó un botón.

La máquina que tenía debajo escupió una entrada, que él deslizó por una ranura en la parte inferior de la ventanilla. Tessa se sacó un gurrño de billetes del bolsillo y los contó.

—Ay, lo siento —se disculpó—. No llego...

—Bueno, no te preocupes. Yo solo mido un metro setenta. Tessa esbozó una sonrisa.

—Digo que no me llega el dinero.

Sherman le quitó la entrada sin previo aviso, la partió por la mitad y deslizó uno de los trozos por debajo de la ventanilla de la taquilla.

—Disfruta de la película, Tessa.

El cine era un lugar húmedo pero cálido, y olía a palomita quemada. Tessa tomó asiento en el pasillo del centro y se quitó la chaqueta. ¿Y lo mejor de todo? Estaba sola. Era como una sala de proyección privada.

Justo cuando las luces se atenuaron, alguien abrió la puerta trasera del cine. Un triángulo de luz ambarina ilumi-

nó el suelo y reptó por las paredes. Tessa vio una sombra humana flotando entre los manchurroneos de la pantalla. Normalmente, se habría llevado un chasco al saber que tenía compañía en una situación así. En caso de duda, prefería estar sola. Pero, por alguna razón, sentía que quienquiera que hubiera entrado en el cine era una presencia amistosa. El desconocido escogió un asiento dos filas por detrás de ella y se sentó.

Tessa salió del ensimismamiento cuando echaron a correr los créditos de inicio de la película. Estaban todos en francés, incluso el título, así que no tenía ni idea de cómo se llamaba la cinta. La primera imagen fue muy directa: un hombre y una mujer desnudos haciendo el amor con pasión en una cama. Tessa empezó a oír a un narrador hablando por encima de las imágenes, pero le sorprendió ver que en la parte inferior de la pantalla no había ni un solo subtítulo.

En la escena siguiente, la misma pareja retozaba en el porche de una acogedora cabaña costera, entre caricias y besos. Y ningún subtítulo.

Debía admitirlo: al fin Sherman se había superado. Ya no solo pasaba películas que no le interesaban a nadie; ¡ahora directamente pasaba películas que nadie podía entender!

Tessa gritó en dirección a la sala de proyección:

—¡Oye, Sherman! ¿Los subtítulos para cuándo?

En ese momento, Tessa oyó al desconocido levantarse. Supuso que iba a salir de la sala y quejarse a Sherman, pero lo que hizo fue bajar por el pasillo y volverse hacia la fila de Tessa.

Debía de tener la misma edad que ella, y la luz del cine apenas permitía distinguir una mata desaliñada de pelo castaño y un cuerpo alto y enjuto. Tomó asiento a su lado y su aroma la abrazó en un abrir y cerrar de ojos; a madera, dulzón, la combinación perfecta para transmitir cordialidad y elusión.

A pesar de su benigna presencia, Tessa no podía ignorar el hecho de que aquel chico era un extraño. Y, peor aún: estaba completamente sola. Es decir, nadie podría ayudarla si él intentaba hacer algo desagradable, como enseñarle sus partes íntimas.

«Levántate, Tess. Levántate ahora mismo y vete. Y, hagas lo que hagas, no mires atrás si no quieres que se lleve una idea equivocada de ti.»

Tessa se aferró a los brazos de la butaca y se inclinó hacia delante, lista para salir disparada. Pero, antes de que se pudiera levantar, el chico habló:

—Se llama *Betty Blue* —comentó—. Quédate, yo te la traduzco.

Su tono era afable, pero ¿por qué le había parecido una orden? Tessa lo vio volverse hacia la pantalla y, sin perder un instante, empezó a susurrar los diálogos por la comisura de la boca, traduciendo sin esfuerzo la película del francés al inglés.

Bueno, pues decidido. Irse a esas alturas habría sido una falta de respeto. No, mucho peor: habría sido como decirle al universo que se fuera a la mierda. Un desconocido le había ofrecido generosamente su ayuda, ¿quién era ella para rechazarla? Que sí, que no era ninguna experta en psicópatas, pero ¿cuántos habría que olieran tan tan bien que te entraran ganas de darles un mordisco?

Durante la primera media hora, Tessa fue incapaz de concentrarse en la película. Estaba demasiado pendiente de la calidez de su respiración en el cuello y la forma que tenía de pronunciar ciertas palabras. Intentó adivinar su procedencia. ¿El acento era de Nueva Jersey? ¿Nueva York? Al cabo de un rato, poco importaba, puesto que su voz se había fundido con la misma película. Y, pronto, Tessa se encontró absolutamente inmersa en la historia que se desarrollaba ante sus ojos.

El filme contaba una historia de amor obsesivo. Betty, una hermosa trotamundos, seduce a Zorg, un desgraciado manitas que vive en una desvencijada choza en la playa. Su amor crece a la misma velocidad con los episodios de ira autodestructiva de Betty. Después de pensar que estaba embarazada y descubrir que era mentira, Betty se arranca sádica-mente un ojo y acaba en una clínica mental, en estado catatónico. En un acto de amor final, Zorg asfixia a Betty con una almohada, y da fin a la historia de una forma muy francesa.

Casi tres horas después de que empezara la película, comenzaron los créditos finales. Tessa bajó la vista y se dio cuenta de que tenía una mano cerrada alrededor del brazo del traductor.

—¡Ay, lo siento! —exclamó Tessa, y soltó rápidamente la mano—. ¿Llevo mucho rato así?

—Ni idea —respondió el chico—. Hace como una hora que he perdido la sensibilidad.

Tierra, trágame.

—¿Y por qué no me has dicho nada?

—Yo qué sé, pensaba que me estabas consolando. Es una peli superdeprimente.

—Es que es una historia de amor —añadió Tessa con naturalidad.

Él frunció el ceño.

—No todas las historias de amor son deprimentes.

—Las buenas sí.

Al ver que seguía dudando, Tessa se dispuso a demostrarlo.

—*Romeo y Julieta, Anna Karenina, Cumbres borrascosas, El paciente inglés*. Y podría seguir. Porque el final de una relación —la muerte— es lo que hace que una historia de amor sea memorable.

—¿Y qué me dices de *Orgullo y prejuicio* o de *Jane Eyre*? Acaban bien —dijo.

—Pero porque esas escritoras decidieron terminar sus historias de amor prematuramente, antes de que la cosa se torciera.

—Es una opinión interesante... para no admitir que te equivocas.

—¡Anda ya! —exclamó Tessa—. Tú imagínate si Leonardo DiCaprio hubiera sobrevivido al final de *Titanic*.

—¿Es necesario?

—Jack Dawson. Un jugador sin oficio ni beneficio que tenía, como mucho, un cierto talento artístico.

—A ver, sí, su técnica era un poco *amateur*, pero ¡le salvó la vida a Rose!

—Sí, ¡después de manipularla para que dejara a su prometido! Y la pobre Rose estaba tan pillada de aquel niñato que estaba convencida de que le ofrecería una vida llena de pasión y aventuras. Por favor. Como mucho, una vida de una pobreza miserable e infidelidades deshumanizantes.

—*Titanic* 2. Si la primera ya te pareció un dramón, espera a ver la secuela —contestó él.

Tessa rompió a reír, sorprendida por su ingenio. Cuando los créditos de la película llegaron a su fin, las luces del cine se encendieron. Y ahí fue cuando se revelaron los penetrantes ojos verdes del chico. Tessa nunca había visto nada igual. Eran unos ojos que no mostraban ni un ápice de inseguridad y, sin embargo, brillaban con el entusiasmo de los descubrimientos futuros.

—Espero que mis servicios de interpretación hayan sido satisfactorios.

—Más que satisfactorios —respondió Tessa—. Si llego a convertirme en embajadora en Francia, te aviso.

Él sonrió y empezó a deslizar los brazos en su trinchera

vintage. Se levantaron a la vez y Tessa lo siguió por el pasillo para proseguir con la conversación.

—¿Dónde has aprendido a hablar francés tan bien? —le preguntó.

—No me quedaba otra —contestó—. Mi padre es profesor de lingüística. Cuando nací, empezó a desarrollar un nuevo sistema de enseñanza de lenguas extranjeras, y yo era su rata de laboratorio. Con doce años ya hablaba con fluidez francés, portugués, español e italiano.

—¿Qué dices? ¿Y no los mezclas?

—Solo cuando sueño. Mis sueños son un caos absoluto. A veces alguien me pregunta algo en español, yo respondo en francés y él sigue en italiano. En serio, a veces me sabe mal por mi subconsciente. Si ya es jodido interpretar los sueños, imagínate si todo el mundo habla un idioma distinto.

Ya habían atravesado el vestíbulo y estaban a punto de salir a la calle. Tessa adoraba la sensación de salir del cine y encontrarse con la brillante luz del día. Era como si se hubiera pasado las últimas horas refugiada de la realidad. Ante ellos, Ventnor Avenue por fin había despertado. Habían limpiado las calles y los coches avanzaban con cuidado por el hielo del asfalto.

—Menuda reliquia llevas ahí. —El chaval estaba mirando la cámara que Tessa llevaba colgada del hombro—. ¿No te gustan las digitales?

Tessa negó con la cabeza.

—El carrete me da un rango dinámico mucho más alto. Además, soy adicta al olor de las sustancias químicas de revelado. Los vapores te dan un buen viaje.

—Así estoy yo ahora mismo con tus ojos.

El corazón le dio un vuelco. ¿Acababa de decir lo que creía que había dicho? La respuesta llegó cuando se ruborizó por la vergüenza.

—Mierda —masculló—. Qué cursi ha sonado.

—No, no —insistió ella, pero luego decidió tomarle el pelo—. Bueno, a ver, un poco sí.

—Te juro que en mi cabeza sonaba espectacular.

—En ese caso, déjame que me imagine esa versión...

Tessa cerró los ojos, respiró profundamente varias veces para darle un efecto dramático a la situación y volvió a abrirlos.

—¿Igual de mal? —le preguntó.

—Más o menos.

Los dos se echaron a reír. A sus espaldas, Sherman había vuelto a la taquilla y los miraba fijamente. Aquel momento íntimo ya no les pertenecía solo a ellos.

—Oye, yo debería ya, bueno...

Él levantó un pulgar y señaló un punto indeterminado por encima del hombro, indicando que había llegado el momento de marcharse.

—Sí, yo igual —respondió Tessa sin perder un instante.

Le preocupó de inmediato que la respuesta hubiera sido demasiado impaciente, un claro intento por ocultar su decepción.

—Gracias por dejarme susurrarte cosas al oído durante tres horas.

—Cuando quieras.

En ese momento, el chico alto con los ojos más verdes que Tessa había visto en la vida se despidió con la mano. No despegó los ojos de él mientras se alejaba por la acera, dejando marcas en la nieve. A cada paso que daba, Tessa tenía la sensación de que algo en su interior se desvanecía lentamente, como la llama de una vela que va perdiendo fuerza hasta que lo único que queda es un hilillo de humo.

—Skylar.

No se esperaba verlo asomar la cabeza por la esquina de la tienda que había al final de la manzana.

—Que me llamo Skylar.

—Yo, Tessa.

—A ver si volvemos a vernos.

—Sí. O sea..., estaría bien —respondió Tessa.

Y desapareció.

Tessa se quedó inmóvil unos segundos, tratando de procesar la espiral de emociones que sentía. Primero fue euforia, una sensación de liviandad que le recorría el cuerpo y amenazaba con levantarlo por encima de la acera. Pero aquella extraordinaria emoción no tardó en dar paso a una sensación familiar de inseguridad. «¿Habré dicho lo que tocaba? ¿Cómo me habrá visto? ¿Le gustaré o sencillamente se estaba portando bien conmigo?»

En ese momento, Tessa notó una ausencia inconsciente alrededor de su cuerpo. La chaqueta. Aquel maravilloso extraño la había consumido tanto que se la había dejado en la parte trasera del cine.

Ya dentro, Tessa encontró el plumífero y desanduvo el pasillo, pero entonces percibió algo con el rabillo del ojo. Estaba debajo del primer asiento en el que se había sentado Skylar, antes de irse con ella. Cruzó la fila, se arrodilló y metió la mano debajo de la butaca. Agarró algo con los dedos y lo sacó. Cuando la luz le permitió ver lo que era, no le sorprendió en absoluto. Había comprendido que el universo quería que ella y Skylar se encontraran aquel día. La primera vez no había funcionado, aquella misma mañana en la playa, pero sí la segunda.

Porque lo que Tessa tenía en la palma de la mano era una gorra de béisbol naranja.

Doscientos once días antes

Era posible que Shannon Yeo fuera la alumna de bachillerato menos excepcional de todo el instituto de Atlantic City. Sin ningún orden en particular, le obsesionaba su pelo, llevar siempre la ropa que estuviera más de moda, las bromas sobre la masturbación, memorizar letras de Drake, encontrar la crema hidratante facial ideal, el ingrediente secreto de sus magdalenas bajas en calorías favoritas (¿era realmente tiza?) y pasarse las noches de los sábados con deportistas borrachos con la esperanza de que alguno se le lanzara antes de vomitar hasta perder el sentido.

Por todas esas razones y muchas más, Shannon habría sido la última persona de la Tierra con la que Tessa habría querido estar. Pero en una muestra sublime de patetismo cósmico, ella era la mejor amiga de Tessa desde que tenían doce años.

Shannon había llegado a Margate a mitad de año, después de trasladarse con sus padres desde Corea del Sur. Su padre, un reconocido cirujano plástico, había dejado muy claras sus intenciones al comprar la casa más cara de Bayshore Drive, para luego derruirla y dejar espacio para una monstruosidad aún más grande.

La mañana que Shannon llegó a su nuevo instituto, tomó asiento en el pupitre que había junto al de Tessa e inmediatamente se empezó a comportar como si fueran amigas de toda la vida.

—Me llamo Shannon —le dijo, arqueando las cejas como lunas crecientes—. Me gustaría disculparme de antemano por hablar demasiado. Es un problemilla que ya estoy trabajando.

Y la advertencia no cayó en saco roto; a partir de aquel momento, Shannon no volvió a cerrar la boca. Era como si tuviera la laringe alimentada por combustible nuclear. Y ya no era solo que Tessa tuviera que aguantar sus opiniones sobre todo lo habido y por haber durante las clases. También estaba la hora de comer. Y las pausas para ir al lavabo. Y el trayecto en bus que las llevaba y traía del instituto. E incluso en fin de semana, Shannon se presentaba sin avisar en las casas de acogida de Tessa para jugar. Pero lo cierto era que tampoco tenía por qué esforzarse tanto. Tessa no tenía más amigos.

Tessa había intentado reunir el coraje suficiente para confesarle a Shannon que quería estar sola, que, de hecho, prefería estar sola. Pero nunca había sido capaz de verbalizarlo. Tessa había sentido el aguijón del rechazo demasiadas veces en su vida. No estaba dispuesta a hacerle a los demás lo que ella misma había sufrido; antes se disolvería en ácido.

Pero, entonces, a medida que las dos crecieron juntas, se produjo un milagro. Con una determinación y un entusiasmo absolutos, Shannon las había convertido en mejores amigas. Sí, seguían sin tener apenas nada en común. Shannon compraba en *boutiques* con nombres pretenciosos; Tessa lo compraba todo en tiendas de segunda mano que olían a humedad. Shannon anhelaba ser el centro de atención; Tessa no veía el momento de evaporarse. Shannon arrastraba a Tessa

a salones de estética; Tessa se llevaba a Shannon a oscuras exposiciones de arte. No estaban hechas la una para la otra. Pero cuando las cosas se tuercen, ¿acaso importa si tu mejor amiga prefiere a Nicholas Sparks antes que a Maya Angelou? Lo más importante era la lealtad. Alguien en quien pudieras confiar. Alguien que nunca te fuera a dejar en la estacada.

Tal vez por eso en cuanto Tessa salió del cine con la gorra de béisbol naranja entre las manos, sus pies la llevaron al lugar en el que sabía que debía estar: la casa de Shannon.

Cuando la puerta se abrió, Tessa se encontró con la madre de Shannon, cuyo rostro siempre estaba salpicado por un gesto de preocupación.

—Estás azul, Tessa. ¿Dónde tienes las botas de nieve? —le preguntó.

—Tengo que ver a Shannon, es urgente. ¿Está en casa?

—Ay, me sabe mal, pero está enferma. Creo que tiene infección en la garganta.

—Mamá, ostras, ¡que estoy bien!

Tessa echó un vistazo a la escalera y vio a su mejor amiga con un chándal viejo, pálida y con pinta de estar deshidratada.

—Es contagioso —le advirtió la madre de Shannon.

Pero a Tessa le daba igual su salud respiratoria. Apartó a la madre de Shannon, se lanzó hacia la escalera y le dirigió a su amiga una mirada que decía: «Necesito a mi mejor amiga. YA».

Tessa entró atropelladamente en la habitación de su amiga y la envolvió un olor que solo podía describirse como aroma de «persona enferma»: una combinación de sudor, eucalipto y huevos revueltos. Saltó sobre la cama de Shannon, directa al epicentro del virus. Shannon cerró la puerta y se acurrucó a su lado.

—La Virgen. Tienes pinta de estar a punto de montar un numerito —dijo Shannon.

—Es que... —empezó Tessa—... creo que he encontrado a mi alma gemela.

Tessa tardó una hora en resumirle a Shannon los dramáticos acontecimientos de aquella mañana. Como siempre, Shannon era la más perfecta de las audiencias. Reía en los momentos apropiados, se agarraba el pecho cuando la historia se ponía tierna, daba giros nerviosos con las manos cuando quería que Tessa fuera un poco al grano y se fue indignando cuando se dio cuenta de que el final de la historia era un bajón.

—¿Ya está? ¿No te ha pedido el número de teléfono? ¿Solo te ha dicho cómo se llama, rollo «Bond, James Bond»?

—También me ha dejado la gorra —respondió Tessa mientras la agitaba—, haya sido o no un acto consciente.

—¿Qué significa la «P» de la gorra?

—Ni idea.

—Uf, me cae como el culo —declaró Shannon.

—Tienes que ayudarme a encontrarlo —contestó Tessa—. Pero ya.

—Mírate, perdidita por un chico. A ver si a partir de ahora dejas de criticarme cuando pierda los nervios por un tío.

Se pasaron las dos horas siguientes colgadas del portátil de Shannon, realizando una búsqueda exhaustiva por internet en busca de cualquier información sobre Skylar. Gracias a los años que se había pasado obsesionada por decenas de chicos, Shannon era una absoluta maestra del ciberacoso.

—Facebook y Twitter son para aficionados —afirmó mientras intentaba buscar el perfil de Skylar en esas redes. Nada.

A continuación, probó en motores de búsqueda menos conocidos, específicamente diseñados para averiguar datos sobre la vida de los demás. Al no encontrar nada, Tessa se preguntó si Skylar no sería uno de esos incontables desconocidos a los que estaba destinada a ver solo una vez.

Al final, y tras dar con algunas páginas web que ofrecían registros públicos por un módico precio, Shannon se vio obligada a sacar la artillería pesada: su tarjeta de crédito. Cincuenta dólares más tarde, solo consiguieron localizar a tres Skylars: uno había muerto, el otro estaba jubilado y el tercero era un veterano de la guerra de Irak en paradero desconocido.

—Te habrá engañado con el nombre —se aventuró Shannon.

—Ni de coña. No es de ese tipo de chicos. Si lo hubieras visto, lo sabrías.

—Es raro de narices —insistió Shannon—. Nunca he conocido a nadie que no tenga algún tipo de presencia en redes sociales. Y menos alguien de nuestra edad.

Se metió un inhalador en la nariz y aspiró varias veces.

—A mí me mola un poco —contestó Tessa—. Es un tío clásico, como yo. Lo último que quiero es encontrarme selfis de él y sus colegas pedo con vasos de plástico en las manos.

—¿Y no te lo habrás imaginado todo? —le preguntó Shannon—. ¿No habrán sido tus furiosas hormonas adolescentes las que han creado al chulazo rarito de tus sueños?

—Mis hormonas no saben francés.

—Bueno, pues supongo que no te queda otra que revelar las fotos —concluyó Shannon—. Puede que haya alguna pista en la foto que le hiciste.

«¡Hostia, las fotos!» Con los nervios, Tessa se había olvidado de que en el bolsillo de la chaqueta llevaba un carrete con la imagen de Skylar en la playa. Recordaba vagamente

que llevaba una sudadera debajo de la chaqueta y que tenía letras. ¿Sería el nombre de su instituto o de su ciudad?

Diez minutos más tarde, Tessa estaba en casa y había empezado a revelar las fotos. Cuando fue a vivir con Mel y Vickie, los persuadió para que la dejaran convertir el desván en un cuarto oscuro después de prometerles que si las sustancias químicas quemaban la casa hasta los cimientos, asumiría una vida entera de deudas y una eternidad de culpa.

A lo largo del último año, los materiales fotográficos le habían ido consumiendo cada vez más partes de la paga y los ahorros. Sin embargo, se negaba a entregarse a lo digital. Para Tessa, pasarse horas alterando y manipulando imágenes en un ordenador no era más que otra mentira en un mundo de falsedades. ¿Acaso el objetivo del arte no era exponer la verdad?

Aquella mañana, se había llevado tres carretes —con treinta y seis fotos cada uno—, pero en algún momento había perdido la cuenta de las fotos que había en cada uno.

Hojas de contacto tras hojas de contacto se iban materializando ante sus ojos en la bandeja de sustancias químicas que tenía abajo. Iban apareciendo filas de imágenes diminutas, una recreación fotográfica de toda la mañana; las calles desiertas, los coches cubiertos de nieve. Cada carrete la acercaba un poquito más a la playa, un paso más hacia la primera vez que había visto a Skylar con la gorra naranja. Por fin, como si el día entero lo hubiera concebido un escritor de suspense, Tessa comprendió que la foto de Skylar estaba en el único carrete que no había revelado.

Tessa volvió a apagar la luz. En una oscuridad impenetrable, utilizó el abrelatas para romper el borde del carrete y desenrolló la película en el tanque de revelado.

De repente, la puerta del desván se abrió de par en par. Una cortina de luz reptó por la escalera, bañó en un abrir y

cerrar de ojos las manos de Tessa y cubrió la película sin desarrollar con una mancha amarilla. «¡Joder!» Estaba tan ansiosa por revelar la película que se había olvidado de cerrar la puerta.

—¡NO! —gritó Tessa—. ¡Estoy revelando!

Se acercó la película a la barriga y se agachó en un intento desesperado por protegerla de la sobreexposición.

—La cena estará en diez minutos —anunció a viva voz su padre adoptivo, Mel, completamente ajeno a lo que acababa de provocar. Cerró la puerta y la habitación volvió a sumirse en la oscuridad.

Pero poco importaba. Las pistas que hubiera podido haber en aquel rollo de película se habían decolorado hasta convertirse en la nada más absoluta.

Skylar había entrado en la vida de Tessa emergiendo de un banco de niebla, y ahora había desaparecido de la misma manera.

Y a aquellas alturas ya parecía bastante evidente que no pretendía volver a salir.